

AGUSTINA
FERNANDEZ

Novela

A woman with her hair pulled back, wearing a red sleeveless top and a dark skirt, is shown from the waist up. She is holding a pig in her arms, cradling it. The pig is wrapped in a grey cloth and has a black strap around its middle. The background is dark and textured, resembling a cave or a forest interior. The overall mood is somber and intimate.

RETRATO
DE UNA
MALA
MADRE

BÄRENHAUS

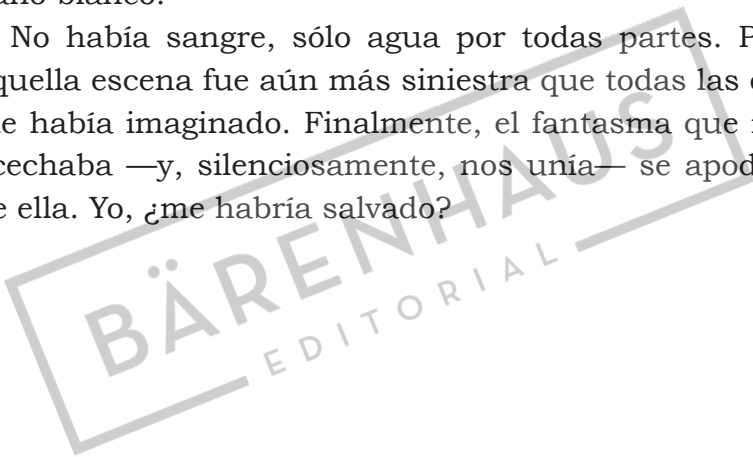
AGUSTINA
FERNANDEZ

RETRATO
DE UNA
MALA
MADRE

BÄRENHAUS

—Maté a mi hijo —retumbó su voz en aquel gran baño blanco. 13

No había sangre, sólo agua por todas partes. Pero aquella escena fue aún más siniestra que todas las que me había imaginado. Finalmente, el fantasma que nos acechaba —y, silenciosamente, nos unía— se apoderó de ella. Yo, ¿me habría salvado?



El día que nos mudamos a Altos del Oeste llovía a cántaros. Casi no nos dejan entrar el camión de mudanzas porque era de cuatro ejes y según el guardia de la entrada la circulación de este tipo de vehículos está prohibida porque rompen el asfalto. Nos había sucedido lo mismo durante la construcción de la casa, cuando tuvimos que hacer el llenado de la loza. “Por eso no hay casas de arquitectura”, sentenció mi hermano, a cargo del proyecto. Estaba en lo cierto, allí no había casas de arquitectura, aunque tampoco abundaba la vivienda paradigmática del country bonaerense: grande y lujosa. En Altos del Oeste, las casas eran sencillas, de bajo costo y rápida construcción. Los lotes no superaban los seiscientos metros y su precio era más que conveniente respecto de los barrios comunes de los alrededores. Claro que existían algunas excepciones, intermitencias del paisaje. Como la que daba al “arroyo” —en verdad, un paso cloacal que atraviesa el Buen Ayre, a pocos kilómetros del Ceamse—, un case-rón de puro vidrio, tras el que se puede ver a sus dueños tomando mate en sus reposeras de caño y lona, junto a su gata pelada al estilo poodle. O el chalet del jefe de seguridad del barrio, de estilo afrancesado con ventanas de vitraux.

Concebida con un proyecto de vanguardia que lo hacía debutar a mi hermano en la profesión, nuestra casa también sería una excepción en aquel barrio cerrado. La Casa Allegra, como la llamó en honor a mi hija, tenía toda la inspiración de Le Corbusier y Mies van der Rohe, varios guiños a otros tantos colegas brasileros de moda y materiales tan nobles como sencillos. “La casa del agujero” le decían los vecinos por el patio interno, o simplemente “la casa rara”. Pero para mi no era rara, aunque con el tiempo he llegado a la conclusión de que quizá mi tendencia a identificarme con lo diferente se deba a la exclusividad que me dio mi nombre. Me llamo Ignacia, por cierto.

Mi marido, Juan, y yo vivimos toda la vida en casas de la zona oeste del Gran Buenos Aires, en Ituzaingó y Castelar. Cuando nos juntamos, alquilamos un departamento en el que nunca me sentí del todo cómoda, porque aunque era luminoso y funcional, con todas las amenities, carecía de calidez y originalidad. Y a la hora de comprar lo nuestro, el lote en ese gueto se presentó como la opción más accesible, con el tan en boga plus de la redundante “seguridad asegurada”. Pero lo cierto era que dudábamos de cómo sería la vida allí dentro, sobre todo los códigos sociales de los vecinos. Y todo nos parecía, o me parecía más a mi que a Juan, tan pretencioso: las mujeres de melenas decoloradas trotando al ritmo del personal trainer, los autos más caros que las casas, el festejo de Halloween, del que muchos no tenían idea hasta que se mudaban allí y entonces prácticamente se convertían a una especie de nueva religión que los obligaba a participar de esas celebraciones, entre otras cosas, como hacer deporte, comprarse un cuatriciclo para andar dentro del barrio, mandar a los hijos a un colegio bilingüe o mimetizarse

con los vecinos. Teníamos miedo de criar a nuestra hija en un lugar como éste, ubicado por momentos en las antípodas de lo que alguna vez habíamos soñado como el entorno ideal para que creciesen niños. Un lugar que se me antojaba como demoledor de la originalidad, del estilo y del buen gusto. Aunque tampoco había muchas más opciones para nuestro presupuesto, porque frente a esto nos quedaba vivir en un departamento o en una casa prácticamente blindada. Así fue como elegimos vivir en Altos del Oeste, donde pensábamos que al menos la inseguridad se reduciría al afuera.

17

Al principio las cosas resultaron difíciles, sobre todo para mí. Me sentía ajena a aquel sistema de normas y valores sociales. Mientras escribía, desde la ventana de mi estudio que daba a la calle, observaba la peregrinación de empleadas domésticas y albañiles que ingresaban en la mañana bajo el sol, la lluvia o el frío. Me imaginaba cómo quedaría la imagen si les sacase una foto cenital. Y pensaba que se verían como hormigas, caminando en fila, cargando sus múltiples bolsas. Algunos andarían muchas cuadras desde la entrada del barrio hasta las casas de sus patronos, previo viaje en tren y colectivo, la mayoría de las veces ambos. Me preguntaba qué pensarían al verme en pijama, trabajando cómodamente en lo alto de mi bienestar. No era mi intención ostentarles la que para ellos sería mi “plácida” vida, como aquellos vecinos que colgaban el último modelo de televisor centrado en el marco de la ventana de su living. Porque en este tipo de comunidades, si uno tenía la suerte de no enterarse de la vida de los demás llegaba un mail mensual para arruinar la sensación. Allí se detallaba quiénes debían expensas, quiénes depositaban de más para estar tranquilos, quiénes ayudaban con dinero para las mejoras de la infraestructura, y las

multas por todo tipo de infracciones, desde exceso de velocidad hasta cuando se escapaba el perro.

18 Pero una vez instalados, cuando el hecho de vivir en un barrio cerrado dejó de ser noticia tanto para nosotros como para nuestra familia y amigos, la vida en Altos del Oeste comenzó a transcurrir con aparente tranquilidad, de puertas abiertas, con muchos chicos en las calles, pajaritos y hasta bichitos de luz en verano. Aunque seguía siendo cierto que aquel perímetro coronado con alambre electrificado marcaba una gran diferencia entre vivir dentro o fuera. Dentro, Buenos Aires se asemejaba más a alguna provincia del interior del país, donde uno podía al menos dormir y caminar sin miedo. Las noticias para la sección policial del diario quedaban afuera, o al menos eso suponíamos cuando pensábamos que allí dentro nada malo podría pasarnos. Por eso habíamos llegado a convencernos, primero Juan y luego yo, de que nos gustaba vivir allí. Además, al final, no habíamos hecho demasiadas concesiones.

Gracias al fútbol, Juan se hizo varios conocidos rápidamente. En cambio, para mí que no iba al gimnasio del barrio ni participaba de las actividades recreativas, fiestas o cualquier otro espacio de sociabilización, el contacto con la gente del barrio comenzó recién con la organización de un jardín rodante para Allegra, sugerencia de mi terapeuta, Maritriz, la psiquiatra a quien había acudido tras el nacimiento de mi hija, hacía dos años. Ella me había motivado a reactivar mi vida profesional, lo que fue el puntapié inicial del proceso de interiorizar aquel suceso que no fue tan feliz como se suponía que debía ser.

El periodismo y la fotografía eran mis pasiones, pensaba y miraba a través de ellas. Además de que me habían permitido conocer, fundamentalmente, el sabor

de la gratificación de ser una profesional en lo que me gustaba hacer, las ciudades más excitantes del mundo y a las personas. Porque si hay algo en lo que creo es en mi capacidad para mirar y descubrir la verdad de la gente. Aunque, paradójicamente, la maternidad me había atravesado de tal modo que tuve que reorganizar en aquella larga terapia, a la que concurría semanalmente, quién era y cuál era mi verdad. Lo que nunca imaginé fue que iba a encontrarla en otra mujer, ni que conocerla cambiaría mi vida.

Así como de un día para el otro decidí que ser madre era, contrariamente a lo que pensaba hasta entonces, una labor admirable, quedé embarazada. En aquel momento, con Juan estábamos felices, plenos, recién casados. Nos sentíamos exitosos en todo lo que hacíamos. Y si bien la propuesta fue mía, él accedió con una felicidad que fue creciendo durante los nueve meses de la espera, que fueron la cálida y tranquila antesala de un quiebre que me modificaría para siempre.

Me preparé para la llegada de mi hija haciendo una especie de duelo con mi trabajo, que ahora sería otro: ser madre. Y hasta me descubrí trasladando mis obsesiones laborales a mi nuevo rol de embarazada. Los controles médicos se convirtieron en mi nuevo gran deber. Fui una paciente prolija, organizada al extremo, cumplidora y muy inquisidora. Asistía a los turnos con la obstetra con una carpeta donde llevaba un exhaustivo registro de mi embarazo. Allí tenía cada ecografía, los estudios de sangre, los prospectos de los medicamentos que me recetaban, sobre los que además solía investigar en foros de internet para tomar nota de la experiencia de otras personas, listas de dudas previas a la consulta, etcétera. Las repuestas y recomendaciones de mi doctora solían satisfacerme, aunque a veces me resultaba poco profesional

que no me atendiese el teléfono o tardase varios días en responderme los mails sobre alguna cuestión que para mí no podía esperar hasta el próximo control. Y pronto, la actitud de la obstetra comenzó a cambiar. Evadía mis cuestionamientos con frases como “tranquila, confía en mí” o “estás en buenas manos”, lo que fue dejando al descubierto lo patológica que me veía.

20 Durante el último mes del embarazo, me permití el lujo de dormir largas siestas junto a mi mamá, entregándome sin resistencia a la calidez de lo doméstico, antes el último entorno donde me gustaba estar. Hice una lista de lecturas y de películas que cumplí al pie de la letra, y hasta lo acompañé a Juan en sus maratones de series norteamericanas de espías, miembros del FBI y catástrofes naturales. Armé el cuartito para la beba con toda la inspiración escandinava, que era lo último en decoración según me dictaban los innumerables blogs y revistas de decoración, estilo de vida y moda que consumo. Tenía tiempo y energía para todo. Ponía música y me sentaba en el piso de aquella habitación a imaginarla. La soñé especial, diferente, original. Anhelaba que el nombre que habíamos elegido no se pusiese de moda, así la acompañaría, como a mí, la sensación de ser única, siempre.

La panza nunca me pesó mucho como para poner un freno absoluto a mis obligaciones laborales. Seguí escribiendo notas para los medios en los que colaboraba hasta apenas unos días antes del parto. Todo transcurrió como lo había imaginado, hasta que el que parecía mi mejor plan se arruinó durante uno de los últimos controles, cuando la obstetra me dio la noticia de la cesárea. La beba tenía una vuelta de cordón y había que operar lo antes posible. Esa fue mi primera frustración respecto de la maternidad.

Sentí que debutaba con un fracaso. Me había preparado física y psicológicamente para un parto natural. Hice yoga, pilates y eutonía durante los nueve meses. Me leí toda la bibliografía de Laura Gutman. Y tuve asistencia perfecta en el curso de parto, donde si bien no me sentí identificada jamás con aquellas mujeres excedidas en peso, ruidosas, poco interesantes y bastante desarregladas, me esforcé por hacer de esas clases algo productivo. Había internalizado la teoría, el contenido y hasta muchas imágenes de lo que se me venía. No me podían cambiar el guión a último momento, no estaba preparada para aquello. Y cuando la obstetra cortó mi vientre, sacó a Allegra y me la dio, sentí que algo andaba mal.

21

No supe qué hacer, cómo agarrarla, no podía prenderla a la teta. Transpiraba. Hasta ahí, todas sensaciones comunes a las primerizas. Pero lo mío iba más allá. No soportaba la mirada inquisidora de los familiares y amigos que nos habían ido a visitar al sanatorio para conocer a la beba. Todos opinaban y me observaban. Me resultaban descarados, ordinarios, brutos y desubicados. Y Allegra lloraba. Fuerte. Muy fuerte. Quería que se la llevarsen. No podía mirarla, y comenzó a darme miedo aquel pequeño ser demandante que dependía sólo de mi.

Creí no poder amantarla nunca, aunque lo logré con la intervención y esfuerzo de una puericultora que venía a mi casa periódicamente. Ella me decía que todas las mujeres podíamos, sin excepciones, que la leche era la misma para una madre desnutrida de África que para una inglesa de clase alta y que la que decía que no podía era porque no quería. Se esmeraba en derribar todos los mitos, así como en enaltecer todas las virtudes, entre las que me gustó la de la lactancia como acelerador cla-

ve del descenso de peso. Necesitaba volver a mi antiguo yo, con urgencia.

22 Allegra tenía dos semanas y seguía sin poder conectarme profundamente con ella. La tribuna en la que sentía que se habían convertido todos los que me rodeaban, me aplaudía por el logro de la teta. Hablaban de mi instinto maternal, pero en mi pensamiento comenzó a librarse una batalla entre dos madres: la buena y la mala. Hubo momentos en los que tuve arranques de afecto con la nena, alguna vez que logré alimentarla y dormirla, pero aunque me esmeraba en sostener aquella actitud que tanto me costaba, crecía en mí una angustia que se hacía cada vez más evidente. Recuerdo que me esmeraba, quería tenerla en brazos, pero me exasperaba el llanto y no podía calmarla. Me sentía poseída por ella, dominada por su incipiente ser, que me reclamaba a libre demanda. Juan estaba mal, triste y preocupado. Y no era para menos, yo estaba rechazando a nuestra hija. Además, lo vencía el cansancio porque era él quien se levantaba a la noche, cuando la beba lloraba. Lloraba Allegra, lloraba él. Pensé que frente a mi peor versión iba a dejarme. Pero ocurrió todo lo contrario. Habló con la obstetra y juntos decidieron una interconsulta con una psiquiatra, así fue como conocí a Maritriz, quien en la primera sesión me diagnosticó psicosis post parto.

Chau teta, hola antidepresivos. Mágicamente me fui sintiendo mejor y la angustia parecía no estar más. Además de narcóticos me recetó la vuelta al trabajo, al ámbito de mis gratificaciones. Así pude empezar una aparente buena relación con mi hija. Le pedí perdón y prometí resarcir los daños, le conté que a diferencia de los demás animales nosotros tenemos algo que nos hace tan maravillosos como vulnerables: el pensamiento. Ella me miraba absorta y cada tanto me regalaba

una sonrisa. Entonces me sentía perdonada. Pero al no haber cortado de cuajo la raíz de la locura a tiempo, las cosas se pusieron mucho peor. Tal vez fueron mis ganas de seguir adelante, o pura negación. Lo cierto fue que subestimé a mi costado más oscuro, creí poder acallararlo a fuerza de voluntad. Pero me equivoqué. Una psicosis post parto no es un traspie en el camino, como quise pensar y hacer creer a todos, hasta a mi terapeuta. Una psicosis post parto es un pozo del que, muchas veces, no se sale sólo con una soga que alguien tira. Quien cae también tiene que tener la convicción de salir, debe creer que puede hacerlo. Y ese no era mi caso.

23

Todos me ayudaban con la nena, las abuelas siempre estaban disponibles y Juan se hacía cargo de ella casi a la par mío. Yo estaba muy ocupada, me encargaban muchas notas desde el diario y de repente me invadió una ola de productividad. Por aquellos meses armé un cuaderno con notas, fotos y dibujos para inspirarme. Sentía que había salido ilesa de aquel choque inicial con la maternidad, que lo había superado. Pero lo cierto es que no hacía más que poner obstáculos entre mi hija y yo. Quería escribir y sacar fotos, había un nuevo tema del que no podría escapar. Entonces comprendí lo difícil que es renunciar al monopolio que significa en la vida de la mujer el hecho de ser madre.

Los antidepresivos no me garantizaban la armonía que me hubiese gustado tener siempre. Tenía días luminosos, en los que la vida no podía ser más generosa conmigo. Pero había otros negros, cuando me sentía expuesta en mi torpe condición de mamá primeriza y psicótica. No quería que me invadiesen. Tomaba mal hasta las anotaciones que el pediatra hacía en la ficha de Allegra, que me esforzaba por leer y nunca llegaba porque me tapaba con un lapicero. Me esforcé mucho, luché

contra mi exaltada bipolaridad. Sabía que aquellos primeros meses, y luego años, eran fundamentales para la nena. Me conectaron con recuerdos muy primarios de mi propia infancia, incluso con sensaciones más remotas aún, desconocidas. Sentí tristeza y soledad. Me costaba dar amor aunque me lo proponía fervientemente porque sabía que mis padres me lo habían dado durante esa etapa fundacional. Pero también, y muy a menudo, me invadía una fuerte angustia al ver mi libertad coartada por la obligación de tener una hija. Me pesaba su presencia, aunque por aquel entonces no quería verlo.

Mi madre tuvo cuatro hijos, de los cuales soy la última. Ella es mi paradigma de la buena maternidad, un ideal inalcanzable aunque motivador. Empezó la aventura de criar hijos como única obligación y en tiempos de problemas económicos. Las fotos de la época de nuestra infancia la reflejan bella y feliz, enamorada de mi padre y plena. Aún puede relatar cada detalle del parto en el que nacimos cada uno, incluso recuerda el nombre de cada medicamento, o qué hacer en cada circunstancia con un bebé, las etapas de la evolución... Mientras, yo a los cuatro meses de Allegra ya había olvidado cuánto medía cuando nació.

Una tarde, mientras estudiaba para rendir un examen en la facultad de periodismo, mamá me trajo un té, se me sentó al lado y me dijo que no me apurase para tener hijos, que hiciera antes todo lo que soñase. Recordé el miedo que tenía durante mi adolescencia de que quedase embarazada. Supuse que sentía que no estaba preparada, lo cual era cierto. Pero, ¿alguna vez está listo uno para traer una vida al mundo y hacerse cargo de esa existencia para siempre? La idea es más que pretenciosa y digna de un ser que se siente demasiado confiado de sí mismo.

Nací en Bariloche, en el paraíso de la Patagonia, donde mis padres fueron a parar tras un sueño de otra época. La aventura duró poco, apenas los meses de mi gestación y algunos más. El embarazo fue gemelar pero mi hermano murió en la panza. Y ese fue el motivo de la vuelta de la familia a Buenos Aires, además de la razón de la tristeza de mi madre y el porqué de la nostalgia que me caracteriza. Ser una pieza de dos, que fueron pensadas para funcionar juntas, para vivir en un complejo binomio, es parte de mi consciencia. Soy gemela, con todo lo que esto implica, a pesar de que mi compañero me haya dejado sola.

25

Mis padres me hablaron desde que tengo uso de razón de aquel gemelo, sin saber si era hombre o mujer, aunque inclinándose más mamá siempre por la opción femenina. Pienso que el hecho de sentirme tan diferente a los demás no sólo tiene que ver con mi nombre, y me pregunto cuántas mujeres se llaman Ignacia o cuántas personas han perdido a su gemelo en el útero. Hay épocas en las que estoy más vulnerable y fantaseo con esa hermana que sería igual a mi físicamente, pero complementaria, tal vez, en su personalidad. He investigado mucho al respecto y hasta creé mis propias escenas de nuestro contacto en el vientre de mamá. Incluso me suscribí a *the lone twin network*, una web donde gemelos que quedaron solos comparten su experiencia.

El relato de mi madre sobre mi llegada al mundo está teñido de imágenes tristes. Sobre su dolor, sobre su pérdida. Ocurre que su verdad oscilaba entre el nacimiento y la muerte. Pero allí estaba yo, que había sobrevivido para mamarlo. Dolor que, inexorablemente, volvió con la llegada de mi hija y que parece fluir, impunemente, en la sangre de las madres de mi familia.

“Mejor parir con dolor, así se es una mejor madre”,

solía repetir mi abuela materna. Ella tuvo cinco partos naturales. Muchos hijos, mucho dolor. Pero nunca miedo. Quedó viuda del amor de su vida joven y enfrentó todo lo que le tocó vivir después con dignidad y esfuerzo. Tejió sweaters para todo el barrio, primero a mano, luego con una máquina y más tarde con algunas empleadas. Sus hijos aún recuerdan el ruido que hacían aquellos aparatos, que no descansaban ni siquiera a la noche. Mi abuela cocinó para los que vivían en su casa y cualquiera que se sentase en su mesa. No tenía tiempo para otra cosa que no fuese ganar plata o cocinar y cuando las cosas no salían como lo había planeado, lloraba, gritaba y les decía a sus hijos que se iba a tirar bajo el tren. Entonces salía de la casa por un rato para volver renovada al cabo de unas horas a cocinar la cena.

A su vez, su dolor descende de su madre, una valenciana de largas trenzas rubias cuyos padres trajeron a la Argentina y casaron a sus trece años con un hombre treinta años mayor que ella, un profesor de literatura mujeriego y politiquero. El tipo era un ausente, ni siquiera la acompañaba a parir. Mi abuela recuerda cuando la vio bajar del colectivo con su hermana menor en brazos, envuelta en la manta que le había tejido apenas algunas noches atrás mientras esperaba romper bolsa. Mi bisabuela fue una de las primeras mujeres del país que prefirió enfrentar una separación pública a vivir en la hipocresía. Crió a sus cinco hijos sola. Limpió y cosió para sostener a su familia. Pero no siempre alcanzaba, y algunas noches tenían que esperar a que los vecinos terminasen de comer para poder ellos cenar las sobras que gentilmente les ofrecían. A veces me cuesta creer que mi abuela pasó hambre, o que mi bisabuela logró que fuese a un prestigioso colegio pupilo de monjas a cambio de su trabajo en la limpieza. Los fines de sema-

na no podía ir a buscarla porque no tenía dinero para el boleto, además tenía que cuidar de los otros hermanos. Cuánto sufrimiento, cuánto dolor. Hasta debió afrontar la muerte de uno de sus hijos, que fue atropellado mientras jugaba en la puerta de su casa con un caracol vivo. Cuenta una leyenda familiar que cuando salió a la calle tras oír el choque, se paró frente a su niño fallecido y no lloró. Sólo atinó a sacarle el bicho de la mano al nene y se lo llevó al baño, donde se quedó encerrada durante días, mirándolo subir y bajar por los azulejos.

Elas fueron las madres que quizá sin saberlo, o ni siquiera quererlo, sentaron las bases de mi maternidad. Sus historias condicionaron la mía. Ellas viven en mí, como yo viviré siempre en mi hija. Todas llevamos en la sangre un código que nos unifica y, a la vez, nos restringe, pero que también con el tiempo he llegado a convencerme de que puede ser alterado. Las vivencias de mis antecesoras, inexorablemente, son mías. Porque el dolor, así como la felicidad y la locura viajan en los genes. Ellas son lo que me tocó. Podía juzgarlas, pensar en imitarlas o construirme cual absoluto opuesto, pero las bases ya estaban sentadas, incluso para Allegra y las demás mujeres que viniesen.

El nacimiento de mi hija se me antojó como el ingreso a un big brother virtual. Desde entonces, me sentí observada para siempre. Y juzgada. Ya no más valorada como profesional, incluso como mujer. Sólo como madre. Esta condición había devorado a las demás. Y lo asombroso era que yo también me encontraba reduciendo a toda mujer que tuviese hijos a su modo de ser mamá. Enseguida me comparaba y la mayoría de las veces no me veía parecida a ninguna. Eso me generaba bronca, resentimiento y miedo. Miedo de mi misma. Hasta que conocí a Valeria.



BÄRENHAUS
EDITORIAL